

Algunas reflexiones con motivo del 58° aniversario de la ONU



Rosario Green



En un día como hoy hace 58 años, medio centenar de países reunidos en la ciudad de San Francisco, firmaban la Carta de la Organización de las Naciones Unidas. Tras casi seis décadas de existencia, con 191 Estados miembros, y claramente establecida como el principal foro multilateral a cargo de la preservación de la paz y la seguridad internacionales, hoy debemos reconocer, sin embargo, una paradoja: nunca como ahora nuestra Organización se había enfrentado a un período tan extraordinariamente difícil, aún si reconocemos que su historia se ha visto a menudo sacudida por crisis de diversa magnitud.

Tal vez a partir del hecho de que con la aprobación por consenso de la Resolución 1511 autorizando la creación de una fuerza multinacional para la estabilización y la reconstrucción de Irak, el pasado 16 de octubre, la Organización mundial volvió a la escena, podamos iniciar el análisis de hacia dónde queremos orientar la actuación de las Naciones Unidas así como de las oportunidades realistas para lograrlo.

En ese sentido, quisiera hacer algunas consideraciones sobre las cuales he reflexionado mucho en los últimos tiempos.

En primer lugar, es un hecho que el debate sobre la reforma de la Organización de las Naciones Unidas tiene ya más de una década y pese a la lentitud de sus avances, hoy es mayor el número de Estados miembros que coinciden en que la ONU es la promotora por excelencia no sólo

de la paz y la seguridad, sino también del desarrollo y la democracia a nivel mundial. Sin embargo, la proliferación de conflictos interestatales, pero principalmente internos –muchos de ellos derivados de cuestiones étnicas, fundamentalistas o nacionalistas– hace más urgente que nunca la concreción de esa reforma a fin de refrendar el compromiso multilateral como la única vía para enfrentar y resolver los retos que nos impone el nuevo milenio.

Nunca como ahora nuestra Organización se había enfrentado a un período tan extraordinariamente difícil, aún si reconocemos que su historia se ha visto a menudo sacudida por crisis de diversa magnitud



En segundo lugar, es necesario advertir que en el mundo actual conviven millones de personas en medio de un proceso acelerado de globalización que contagia lo bueno, pero también lo malo. De ahí que la apertura universal al comercio y las inversiones, así como la serie de reformas económicas adoptadas para cumplir con patrones y



Embajadora de México en Argentina (discurso en ocasión de un nuevo aniversario de la Organización Mundial, el 24 de octubre en la Cancillería argentina)

Si bien es cierto que la agenda con que trabaja la Asamblea General de Naciones Unidas es amplia y compleja, es fundamental garantizar igualmente la adopción métodos más democráticos a la hora de tomar decisiones



modelos sugeridos por concepciones específicas como el Consenso de Washington, no hayan traído consigo el progreso prometido. Al contrario, los índices de pobreza se elevan, los problemas de salud y educación se agravan, el medio ambiente se deteriora cada vez más, el narcotráfico flagela sin piedad instituciones y sociedades, el terrorismo castiga a inocentes y la persistencia de su amenaza mantiene en vilo a la comunidad internacional.

En tercer lugar, si bien es cierto que la agenda con la que trabaja la Asamblea General de Naciones Unidas es amplia y compleja, es fundamental que sus debates anuales se apoyen en un nuevo andamiaje que les corresponde construir a los Estados miembros, a fin no sólo de aligerar las sesiones y asegurar las presencias sino para garantizar igualmente la adopción de métodos más democráticos a la hora de tomar decisiones y para dotar de mayor transparencia al quehacer de los órganos y las agencias que forman parte de la Organización.

En cuarto lugar, es fundamental evitar la parálisis en la que podría colocarnos la percepción de que se estaría conformando un nuevo orden internacional donde el multilateralismo va de salida, simplemente porque es un hecho que los recien-

tes acontecimientos, particularmente aquellos en torno a la guerra contra Irak, lo han debilitado temporalmente. Si bien es difícil anticipar cuánto tiempo durará este paréntesis unipolar, el mundo requiere de una Organización de Naciones Unidas fortalecida y renovada, que coadyuve a resolver la difícil temática que habremos de confrontar en los años por venir. No me cabe duda alguna de que el multilateralismo sigue siendo la mejor opción para el diseño de una nueva arquitectura mundial. Esa es también la posición de México y los mexicanos.

Mi país tiene una profunda vocación multilateral. Y ésta ha sido reconocida mundialmente con el otorgamiento del Premio Nobel de la Paz al ya desaparecido embajador Alfonso García Robles, y fue recientemente refrendada por el propio presidente Vicente Fox durante su intervención en la Asamblea General.

México ha encontrado siempre en la ONU el foro idóneo para proponer, concertar y alcanzar soluciones y estrategias conjuntas que a menudo han permitido enfrentar retos colectivos. Los mexicanos estamos convencidos de la imperiosa necesidad de no cejar en el esfuerzo para hacer de nuestra Organización el espacio privilegiado en el que se generen políticas integrales que garanticen tanto la seguridad y la paz duraderas, como el desarrollo y el bienestar de todos los pueblos de la Tierra. Por ejemplo, en el caso de Irak, lejos de participar en operaciones que pongan en riesgo sus principios de política exterior, mi país ha decidido compartir experiencias tanto en el ámbito de la salud como en el campo electoral, poniendo a disposición de los iraquíes el conocimiento de las autoridades y establecimientos médicos nacionales y, por supuesto, aquella del Instituto Federal Electoral. Con

esto México se une a los esfuerzos de la comunidad internacional y de la ONU a favor de una pronta restauración de la democracia, la soberanía y la independencia de Irak.

En quinto lugar, es necesario asentar que si bien la Organización debe replantearse las estrategias para atender viejos y nuevos problemas, es fundamental asegurarnos que su reforma privilegie el principio de la igualdad jurídica de los Estados, consagrado en el artículo primero de su Carta fundacional. Además, debemos dotar a las Naciones Unidas de las herramientas que le permitan responder con celeridad a las varias crisis internacionales que indefectiblemente habrán de ocurrir. Para ello, la estructura que se construya como consecuencia de esa reforma deberá ser verdaderamente democrática, transparente y equilibrada. Deberá contar, además, con suficientes medios materiales y financieros si queremos que nuestra máxima Organización mundial responda adecuadamente y esté verdaderamente preparada para ejecutar el mandato que sus miembros le han encomendado.

En sexto lugar, es igualmente importante lograr una mejor relación y un mayor equilibrio entre los principales órganos de las Naciones Unidas. Mucho se ha insistido en la urgencia de reformar el Consejo de Seguridad a fin de apuntalar su selectividad, representatividad, transparencia y responsabilidad. Hay voces que piden corregir las deficiencias de su composición actual. Desde mi personal punto de vista, el problema no radica tanto en su dimensión numérica. Reside, más bien, en su falta de representatividad pues no refleja en realidad ni la pluralidad ni la diversidad de la membresía de la Organización, en particular dados los profundos cambios que la geografía política ha experimentado en

los últimos años. Pero, en todo caso, de ampliarse debe evitarse que con ello se den innecesarias divisiones en el interior de las distintas regiones en él representadas.

Especial referencia debe hacerse del derecho a veto del que gozan únicamente cinco de los quince miembros del Consejo de Seguridad, los llamados Permanentes. Es fundamental, más que extender o cancelar, cuestión que lanzaría por tierra a la propia Organización, limitar y reglamentar ese privilegio. La verdad es que en el pasado se abusó del veto pues se le usó prácticamente para cualquier tipo de decisión, desde evitar la reelección de un Secretario General hasta impedir el acceso de un determinado país a la membresía de Naciones Unidas.

Debemos dotar a las Naciones Unidas de las herramientas que le permitan responder con celeridad a las varias crisis internacionales que indefectiblemente habrán de ocurrir



Tan importante como lo que se ha apuntado acerca de la representatividad y el veto, es la recomendación de que en su actuación el Consejo de Seguridad muestre siempre un espíritu auténticamente democrático y una actitud de profundo respeto hacia la Asamblea General. Debe, además, apoyarse en otros brazos de la Organización si la meta es incrementar y asegurar su eficiencia. De no hacerlo así, no sólo la letra y el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas se verán violentados, sino que la legitimidad del Consejo y su capacidad para cumplir con las responsabilidades que se le han confiado se

Estoy totalmente convencida de que debemos devolver a la comunidad internacional la fe perdida en el multilateralismo, porque también estoy segura de que sin ella no vamos a lograr avanzar



encontrará enormemente erosionada. De ahí la importancia de que los Estados miembros apuntalen su capacidad individual y colectiva para aprovechar algunas de las tendencias positivas en favor de la paz, la estabilidad, el desarrollo y el predominio del imperio del derecho. Hacerlo así favorecerá al Consejo, a la Asamblea General y a los distintos órganos que componen la familia de las Naciones Unidas.

Finalmente, no querría concluir mi intervención sin destacar el llamado del secretario general, Kofi Annan, en ocasión del quincuagésimo octavo aniversario de las Naciones Unidas. Comparto absolutamente su opinión cuando nos dice que no hay otra opción más que seguir trabajando para perseverar en el esfuerzo cotidiano orientado al combate de la pobreza, las enfermedades, el cambio climático y la proliferación de las armas pequeñas. Comparto igualmente su postura que reafirma el compromiso que tenemos todos de colaborar en la lucha contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva. Estoy absolutamente de acuerdo con su sentencia de que para triunfar en este empeño será necesario introducir cambios en nuestro sistema internacional, incluidas las propias Naciones Unidas. Kofi Annan es contundente en esta definición que cito: "Estoy convencido de que

nuestra Organización ha hecho un buen servicio a la humanidad durante 58 años. Pero nunca ha sido perfecta, y puede que haya llegado el momento de mejorarla".

Estas palabras no podrían ser más acertadas en estos momentos. Se trata, sin lugar a dudas, de una labor ardua que requiere de mucho empeño y decisión. Nos corresponde a nosotros, los Estados miembros, colaborar con seriedad para ofrecer propuestas que permitan alcanzar esa mejora de la que habla Annan.

Estoy totalmente convencida de que debemos devolver a la comunidad internacional la fe perdida en el multilateralismo, porque también estoy segura de que sin ella no vamos a lograr avanzar. Tenemos para apuntalarla nuestras experiencias tanto a nivel mundial como regional. Los ejemplos abundan y van desde nuestros esfuerzos para convertirnos en la primera zona libre de armas nucleares del planeta hasta nuestras particulares experiencias en el campo de lo que yo me he permitido llamar "regionalismo ad hoc"; es decir, instancias facilitadoras que como el Grupo de Contadora, el Grupo de Amigos del Secretario General para la Paz en El Salvador, el Grupo de Amigos del proceso de Paz en Guatemala, los países garantes del Tratado de Río entre Ecuador y Perú, etc., han contribuido de manera importante en la búsqueda de soluciones pacíficas a conflictos latinoamericanos, tanto internos como entre países. Se trata, en uno y otro caso, de experiencias importantes que refrendan la fe regional en el multilateralismo.

Estimados amigos, frente a nosotros tenemos una abultada agenda internacional de todo tipo. Hay que resolver cuestiones comerciales, de equidad, de seguridad, de desarrollo y muchos temas más a nivel mundial, a nivel continental, a nivel regional y hasta subregional. Pero tan rele-

vante o hasta más que cualquiera de ellos es la convicción de que en el ámbito de nuestra máxima Organización mundial podemos lograr una unidad de acción que nos permita resolver las asignaturas pendientes.

En este proceso, Latinoamérica tiene una gran oportunidad de presentarse con frente común y hacer valer su capacidad de interlocución en el

concierto internacional. El mensaje incluye revivir, sin cortapisas, la unidad latinoamericana, mostrándonos como una región viable y apta para participar en la codificación del nuevo derecho internacional, especialmente en estos momentos de incertidumbre en los que el riesgo de ser relegados es enorme.



